

## El libro: orto y ocaso

JAIME LABASTIDA

A caso el conocimiento de la situación de Siglo XXI Editores pueda servir no sólo para ilustrar sino también para valorar la realidad de la industria editorial de nuestro país y comprender las posibles tendencias de su desarrollo. Veamos, pues, para empezar, algunas cifras indicativas.

El año de 1980, Siglo XXI vendió, en números redondos, un millón trescientos veintisiete mil ejemplares de sus libros. Esas ventas le produjeron un ingreso bruto de un poco más de sesenta y cinco millones de pesos (a precios corrientes). En 1990, las unidades vendidas, lejos de aumentar, disminuyeron en casi un 60 por ciento: sólo se vendieron quinientos cuarenta y seis mil unidades que, sin embargo, significaron un ingreso bruto de cuatro mil cuatrocientos noventa y tres millones de pesos, a precios corrientes.

En el año intermedio entre 1980 y 1990 que hemos tomado como parámetros, o sea 1985, las cifras fundamentales revelaban ya la tendencia que sería la predominante en el curso de los últimos años: las ventas habían descendido en 30 por ciento con respecto de 1980 (934 mil unidades, con un ingreso bruto de 412.5 millones de pesos).

¿Qué sucedió en los años que corren

ción y la venta de libros descendía de una manera dramática, los costos de administración, distribución y producción aumentaban sin cesar. Con otras palabras: al descenso de la producción y las ventas de los libros habría que sumar un aumento casi inversamente proporcional de los costos para producir, almacenar, distribuir y vender los libros.

A lo anterior, habría aún que añadir un elemento que revela en toda su crudeza la situación de crisis que amenaza a la industria editorial en su conjunto: en 1990 se derogó el decreto por el que se eximía del 50% de impuestos sobre la renta a la producción y venta de libros propios (el otro 50% de exención sigue en pie, porque es fruto de una ley aprobada por las cámaras legislativas).

Es necesario señalar que, junto con el descenso vertiginoso de las ventas, hemos asistido a un declive igualmente rápido de las ediciones (tanto de los nuevos títulos como de las reediciones). Mientras que en 1980 nuestra editorial produjo 70 títulos nuevos, en 1985 produjimos sólo 46 y esta cifra se redujo aún más en 1990: tan sólo 38 títulos se añadieron a nuestro catálogo.

Por consecuencia, el número de ejemplares producidos descendió de un millón 278 mil en 1980 a 934 mil en 1985 y a

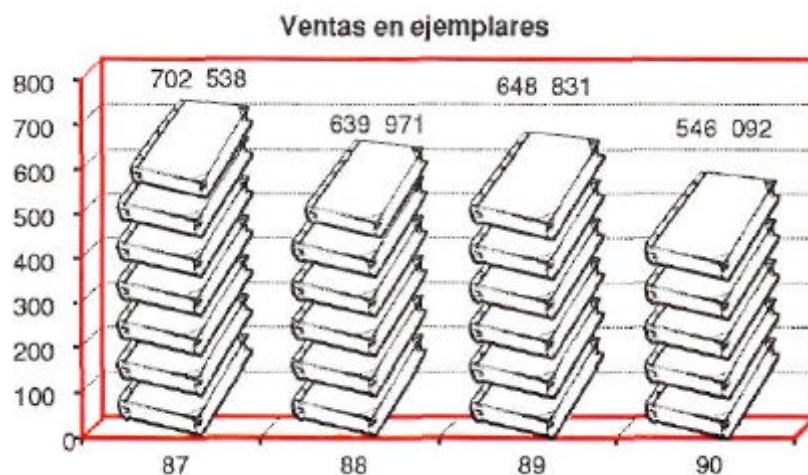
sólo 407 mil en 1990. El año de 1980 reeditamos 307 de nuestros libros, 363 en 1985 y sólo 187 en 1990. El tiraje de cada edición y aún de cada reedición se redujo también, con el consecuente aumento de los precios unitarios por libro producido. Las primeras ediciones de los libros, en 1980, alcanzaban un tiraje promedio de cuatro mil ejemplares, mientras que en 1990 este porcentaje se había reducido a tres mil doscientos ejemplares.

El costo promedio de la producción, en 1980, era de 22 pesos por unidad, mientras en 1990 había ascendido a dos mil 794, lo que significa un incremento de más de 125 veces el costo de cada libro. Cabe reconocer que, a partir de 1990, el precio del papel se estabilizó en buena medida gracias a la apertura del mercado de importación: pasó de mil 722 pesos el millar de hojas en 1980 a 149 mil 660 el mismo millar en 1990.

Aun las ventas de nuestros libros de mayor tiraje se han visto severamente afectadas por la situación crítica de la industria. Por ejemplo, los tres libros de mayor venta que la editorial coloca en el mercado (Marta Harnacker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*; Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* y Felipe Pardiñas, *Metodología y técnicas de la investigación en ciencias sociales*) muestran un declive significativo en sus ventas: primero, tal vez porque la demanda tiende a ser satisfecha; segundo, porque aún en ellos se presenta el mismo fenómeno que con el resto de los libros: se vende ahora la cuarta parte, acaso la tercera parte de lo que se vendía en 1980 (en ese año vendimos casi 40 mil ejemplares del libro de Harnacker, contra sólo 10 mil 735 en 1990, por ejemplo; por su parte, el libro de Galeano, del que vendimos más de 21 mil ejemplares en 1980, colocó en el mercado sólo ocho mil 591 en 1990).

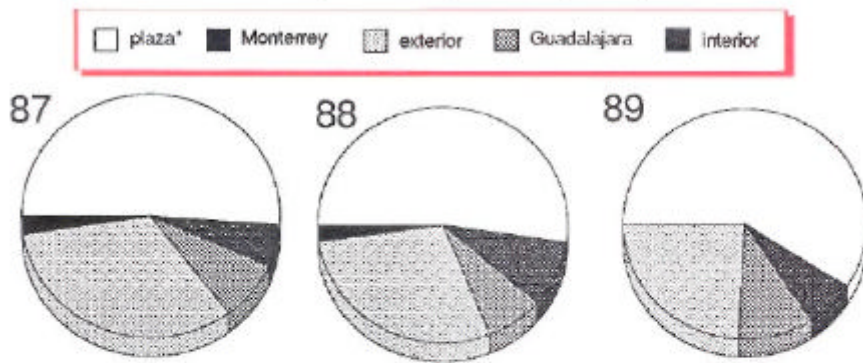
Otro aspecto importante del problema se muestra en la composición geográfica del mercado. Cada día más, por desgracia, el principal consumidor de nuestros libros se localiza en el área conurbada de la ciudad de México

Jaime Labastida, autor de un gran número de libros de ensayo y poesía, premio Nacional de Periodismo en 1985 y ganador del premio internacional de poesía Ciudad de la Paz en 1981, entre otros, actualmente es director de Siglo XXI Editores.



de 1980 a 1990? Que, mientras la produc-

Ventas por áreas (miles de pesos)



\* Plaza es el área conurbana de la ciudad de México, incluyendo Ciudad Satélite

	1987		1988		1989	
	\$	%	\$	%	\$	%
plaza	805 035	51	1 629 562	52	2 390 167	59
interior	90 130	6	286 195	9	267 852	7
Guadalajara	125 152	8	235 900	8	408 477	10
exterior	515 527	32	905 092	29	968 871	24
Monterrey	36 163	3	62 896	2	0	0
	1 572 007	100	3 119 645	100	4 035 367	100

(incluida Ciudad Satélite). En 1990, poco más de dos terceras partes de nuestras ventas se situaron en esa zona.

A pesar de que crecieran nuestras ventas en los diferentes estados de la república (lo que denominamos, incorrectamente, interior del país), las ventas a los mercados externos descendieron de un modo brusco: en 1990 las ventas al exterior apenas cubren el 13.2% de nuestros pedidos. Pero debe añadirse que esa situación se hace aún más crítica por el hecho de que los clientes extranjeros, en muchos casos, pagan con tardanza lo que repercute en problemas de financiamiento extremadamente fuertes.

Podría advertirse, pues, que uno de los problemas centrales que aquejan a la industria editorial se refiere al tiempo de

circulación y, por consecuencia, al tiempo de recuperación del capital invertido. Los grandes tirajes, que podrían traducirse en precios unitarios más bajos, muchas veces representan una inversión muerta que permanece en bodega más allá del promedio temporal en que nuestros libros se venden por completo.

Así, pues, desde el momento en que un libro empieza a recibir capital para ser producido (por ejemplo, adelante de derechos al autor, a su agente o a la editorial extranjera que lo ha publicado; traducción, en su caso), hasta el momento en que el libro sale a la venta y, luego, es cobrado en su totalidad, transcurren en ocasiones más de 24 meses. Los precios de los libros tienen que reflejar, por ende, ese costo financiero: además de la inflación, el tiempo de su rotación (distribución, transporte, venta y cobro). Esos tiempos se alargan cuando se trata del extranjero.

¿Qué se revela en estas cifras amargas? ¿Cómo se puede contrarrestar esta tendencia general de deterioro?

Creo que lo más importante que se ofrece en

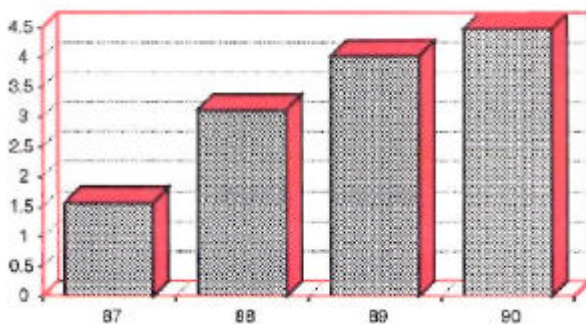
este cuadro es que, por una parte, existe un declive de la capacidad de lectura del mexicano (y del latinoamericano). No se trata solamente de un problema que pueda ser fácilmente resuelto en términos de capacidad económica, es decir, señalando como culpable a la crisis económica y al deterioro del poder de compra de la población. Aun cuando ese factor existe, y es importante, lo cierto es que la situación de la industria editorial refleja una crisis aún mayor, una crisis de conciencia.

No puedo dejar de señalar que los tirajes promedio de nuestros libros (ahora, en 1991, de dos mil ejemplares para las nuevas ediciones) reflejan que, pese al crecimiento demográfico del país, las personas que leen son las mismas, en cantidad, que hace treinta años. Ello significa un descenso brutal, en promedio, respecto de la gente intelectual pensante, preocupada y con capacidad de lectura crítica.

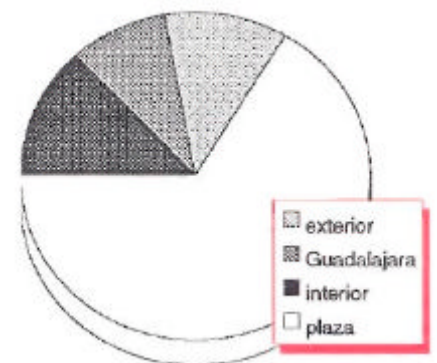
El grueso de la población prefiere un sistema de diversión más fácil y barato: el de la imagen televisiva, al sistema de reflexión, en ocasiones heroico y solitario, que significa la lectura de un libro. Las obras de entretenimiento (desde las historietas hasta los libros de charlatanería) se venden mucho y muy bien, mientras que los libros de reflexión profunda, las novelas y la poesía siguen confinados en áreas extremadamente restringidas de nuestra población.

Se ha aumentado, ciertamente, la capacidad de absorción de grandes núcleos de población en el sistema universitario y profesional, pero esa cantidad parece haber producido un deterioro gravísimo de los niveles de calidad. En el mismo proceso de educación superior, los estudiantes no leen sino apuntes, resúmenes,

Ventas -precios



Ventas por áreas 1990



libros de texto o copias xerográficas de los libros recomendados en la clase.

Se acerca así el libro, de modo peligroso, a un nivel de papel desechable, sólo momentáneamente útil. Cuando egresado, ese estudiante universitario, que transitó por las aulas como un objeto inerte, memorizando respuestas en vez de establecer problemas, repitiendo fórmulas en lugar de generar investigaciones novedosas, creyendo en lo que oye en vez de dudar, apenas comprará libros, menos aún libros que lo inciten a pensar.

Siglo XXI se encuentra ante un reto. Y lo tiene que vencer. Nacida hace poco más de 25 años, fue una formidable respuesta de la sociedad civil a la intolerancia intelectual, ejercida desde la cúspide del poder. Ahora se enfrenta a las condiciones de un mundo en constante desarrollo y ha de encontrar respuestas hasta hoy inéditas en nuestro mercado.

Cada día más el libro es tratado, aún desde el punto de vista fiscal, como una mercancía entre otras muchas. Los intereses del público cambian con rapidez y hay que incidir en ellos. Una editorial expresa y en ocasiones orienta los cauces profundos del pensamiento de una sociedad: como las aguas, aun las subterráneas, de los ríos, mientras que otras publicaciones periódicas, como las revistas y los diarios, expresan las corrientes que están en la superficie y fluyen con mayor velocidad.

El libro es, todavía, y lo seguirá siendo por mucho tiempo, la forma más profunda del pensamiento, la que permite la reflexión, la concentración, la entrada serena en nosotros mismos, el diálogo más fructífero con el otro, con los otros. En versos perdurables, Francisco de Quevedo dijo: «vivo en conversación con los difuntos y escucho con mis ojos a los muertos». Ese diálogo profundo permite el libro, a lo largo de siglos.

El análisis fonético del lenguaje, el despliegue espacial del pensamiento, que ocurre gracias a la escritura y a su reproducción gráfica, es todavía -e insisto, lo seguirá siendo-, el vehículo real que guarda la memoria, la inteligencia y la pasión de la humanidad. En el espacio que le corresponde, breve acaso pero también intenso, Siglo XXI contribuirá a que esa tarea del hombre perdure y se preserve.